

de sus manos y el color ambarino de sus rizos. La voz de aquella desdichada pordiosera sonó apenas, como el canto de un pajarito moribundo. Tú la escuchaste; pero soplaba un aire frío y no quisiste desabotonar tu gabán para sacarme de la bolsa. Y la niña quedó sola y enferma, en medio del silencio de la noche. Veía con tristeza inmensa los luceros, como si deseara volar á hacerles compañía. Pasó un hombre que salía ganancioso de la timba, y acercándose á la mendiga, dijo á media voz:

¿Quiéres los luceros? Pues yo haré que bajen á prenderse en tus orejas.

Y el hambre, el frío y el abandono aconsejaron mal á la cuitada que compró aquella noche un pedazo de pan por un botón de azahar. Después, el vicio, como una tierra pegajosa, la detuvo. Tú la viste con menosprecio y la acusaste en nombre de la moral. Y sin embargo, si no hubieras tenido frío y egoísmo aquella noche, si me hubieras sacado de la bolsa, la pordiosera no se habría perdido. Yo pude darte el cielo, y no quisiste.

Y ya lo ves: en pago de mis bienes, me tuvistes olvidada hasta que las demás monedas te dejaron. En pago de mi honradez y mi virtud, los periodistas me quitaron la honra. Dicen que he enriquecido á muchos: mírame bien, y dí si tengo cara de haber enriquecido nunca á nadie?

Yo abolí la esclavitud, dejando en libertad á esos negros de cobre que padecían en el mercado. Ahora, Ramón Guzmán no quiere admitirme en los ferrocarriles del Distrito, si no me fian de *mancomun é insolidum*, otras dos moneditas de á centavo. ¡Así paga este mundo la virtud!

\* \* \*

La moneda calló. Imprimí un casto beso en su corona de laurel y me dispuse á escribir. «La vida en México.» Por desgracia, ya era tarde. No podía hablar de Jorge Carmona, ni del baile que prepara el Jockey Club, ni de las fiestas más ó menos campesinas de San Angel. La moneda me había quitado el tiempo. ¿Qué iba á hacer con ella? ¿A darla á un cerillero para fomentar la vagancia? No; la guardé con profundísimo respecto y la traje, envuelta en papel de seda, á la redacción. Aquí estará expuesta todo el día de hoy. Los que deseen oír su voz, pueden acercarse á cualquiera hora. Por desgracia las monedas de níquel hablan bajo.

## EL SECRETO.

Tengo en el más oculto cajón de mi bufete, entre la pequeña ánfora que guarda las hojas, marchitas ya, de un heliotropo, y la cubierta en que he encerrado cuidadosamente mi abono á la ópera cómica, una carta que sólo yo he leído todavía, y que recomendando el secreto más profundo, voy á poner ahora ante los ojos de los que con más ó menos curiosidad leen mis artículos. Confieso que me considero incapaz de enseñar esta carta á algún amigo; temería, sin ir descaminado en mis temores, cometer un delito inexcusable, al romper el sigilo que se me encomienda; la voz de mi conciencia asustadiza, tal vez y sin tal vez, no me dejará concluir la lectura de esas líneas; romper así el secreto, es una falta; revelar á un amigo las confidencias que otro nos ha hecho, es, á no dudar, un crimen no previsto suficientemente por el Código; y yo, que me precieo reservado, que soy incapaz de revelar á nadie los secretos más ó menos graves que se me confían, he decidido hundir en el misterio más completo la misteriosa carta de que hablaba. He aquí la causa por qué la publico.

A primera vista, esta decisión podrá aparecer como una paradoja; pero examinándola escrupulosa y detenidamente, cualquiera verá claro como la luz del día, la lógica profunda y la verdad que encierra. Entre publicar una carta, y leerla á un amigo, existe una enorme diferencia. El amigo, es un ser perfectamente limitado, con personalidad propia, con dos ojos escrutadores, que se fijan impertinentemente en nuestro rostro, y con dos labios casi siempre en movimiento, y ansiosos, cuando no, de desplegarse para dejar salida á algún secreto. Se ha menester un desenfado soberano para decir frente á frente á aquél amigo, cosas que confiamos únicamente á la almohada. Aquella mirada nos hiela y nos inmoviliza como un día de invierno; á cada paso sospechamos, quizá sin fundamento, que una sonrisa de incredulidad mueve esos labios; tememos parecer ridículos ó vanos, y la confesión, ya próxima á escaparse, se abriga

avergonzada en nuestro pecho. ¡Pero con el público ya es otra cosa! El público es un ser perfectamente fantástico; un manequí que nosotros mismos componemos y cuya naturaleza cambia y se transforma, como el termómetro, como el corazón de una coqueta. Hechura nuestra, posee nuestras propias debilidades y nuestras mismas flaquezas. Es un cierto todo que no es nada, y una especie de nada que lo es todo. Como el iris, ostenta todos los colores. Las veletas le han dado su movilidad y la sombra su misterio. Como no tiene cara, es imposible que se ruborice. Es el confidente forzado de todos los poetas románticos, y el perenne delinciente sentenciado á oír cosas que nada le importan. San Agustín le reveló los secretos de su vida, y Sócrates le abrió de par en par el arcano de su muerte. ¡Pobre público! Si pudiera hablar, ¡cuánto diría! El escuchó las jeremiadas de Lamartine y escudriñó los secretos de su vida. El abraza todas las edades, todos los círculos, todas las ideas. El público es usted, caballero, cuando al levantarse por las mañanas y mientras humea en la taza el chocolate, recorre las columnas del periódico. El público es también la dama cuyos ojos, negros ó azules, rasgados ó pequeños, se fijan indolentemente en estas líneas. Y lo que yo, por ejemplo, no diría jamás al viejo amigo; lo que no murmuraría al oído de usted, señora, mientras recorremos los salones al compás de un vértigo de Strauss, ni cuando en amistoso *tête á tête* hablamos, usted, tejiendo á luz de tibia veladora, y yo siguiendo con los ojos los caprichosos dibujos de la alfombra, le digo aquí sin inquietarme en lo más mínimo, sin que el temor anude mi garganta, sin que mis yertas manos se estremezcan como al soplo del cierzo de Diciembre. Y esto es tan cierto, que si yo leyerá la carta que tengo en estos instantes en mi mano, á un amigo, á un confidente, á un compañero, no vacilaría en echarse por esos mundos de Dios á investigar quién la había escrito, mientras que publicándola en un diario, como la publico, nadie, absolutamente nadie, se atreverá á dudar que es una epístola absolutamente imaginaria.

He aquí la carta:

Caballero:

Justa extrañeza motivarán en su ánimo estas líneas. Yo no tengo la honra de contarme en el número de sus amigos; nos movemos en círculos diversos; usted es joven, yo soy viejo; usted concurre al teatro, yo me encuentro en casa por las noches; jamás hemos hablado largamente, y nuestras relaciones sociales sólo tienen el carácter de mera cortesía.

¿El que usted me salude en el paseo, me autoriza acaso para hacerle una confidencia pidiéndole un consejo? Lo ignoro, caballero;

pero en ciertas ocasiones de la vida, en ciertas ocasiones en que el sufrimiento alza nuestra reserva acostumbrada, como el vapor levanta la cubierta de un caldero de agua hirviendo, se pasan por alto las conveniencias sociales, y cayendo en el riesgo inminente del ridículo, revélase al que más confianza nos inspira, aquella pena tan largamente cobijada. Además, soy un tanto excéntrico. Me propuse ayer aconsejarme del primer conocido que encontrara, y al dejar los umbrales de mi casa crucé con usted mi primer saludo. Tenga usted, pues, la paciencia de escucharme.

Caballero, yo tengo una hija. No le hago á usted el agravio de imaginar que le es desconocida. Me han dicho los amigos que es muy bella, y el parlanchín espejo debe habérselo dicho muchas veces. Sus trajes cortados por la mano de Valeria, son envidia de damas y polluelas; todas las tardes debe usted mirarla en su carruaje tirado por dos *two miles* americanos, y aun, si no me engaño, creo que han valsado ustedes juntos, y no hace mucho tiempo por más señas. Es mi hija única. Su pobre madre murió dejándola en edad ternísima. Desde entonces mi cariño es doble; la quiero por ella y por mí. ¡Se le parece tanto! Los mismos ojos, la misma boca, idéntica manera de reirse. Comprendo, caballero, que estos detalles deben interesarle á usted muy poco ó nada; pero al dar comienzo á esta carta hice un llamamiento á su paciencia; y andando el tiempo, cuando tenga usted una hija como la mía, comprenderá que mis impertinencias de padre son bien excusables.

Yo soy un hombre montado á la antigua, como hoy se dice. Tengo en clor de herejía á los socialistas, y mis nervios se crispan cuando pienso en las doctrinas anárquicas de la Comuna. Será por mis cortos alcances, cúlpese en buena hora el raquitismo de mi inteligencia; pero ello es que entre el sectario de un sistema social que aspirá á arrebatarme mis haciendas, y el bandido que exponiendo su existencia acecha en la encrucijada de un camino, sólo encuentro la grave diferencia de que el primero es un ladrón cobarde, mientras que el otro es un ladrón bizarro. Dados estos datos, usted no extrañará que crea tener una propiedad innegable en mi hija. Parece, sin embargo, que la mayor parte de los amantes profesan el principio de Prudhome: la propiedad es el robo. Creí, durante largos años, que mi hija era mía, absolutamente mía, y hoy me desayuno con que el primer venido, un Juan Pérez, que se me entra por la ventana, tiene sobre ella más derechos y más poder que yo, su padre. ¿Usted comprende esto, caballero? Evidentemente, si ha-go traer de Arabia una yegua *pur-sang*, si la mantengo en mis caballerizas, la curo cuando enferma, y gasto mi dinero en mejorarla, tengo el justísimo derecho de tener por loco al que con desenfado y con donaire venga á exigirme que le dé esa yegua. Nada más justo, ciertamente. Pero en cambio, tengo una hija á quien educo

á fuerza de vigiliias y desvelos; he pasado las noches á la cabecera de su lecho, cuando devorada por la fiebre retorció sus delicadas manecitas; es la sangre de mi sangre, el alma de mi alma. ¿Sufría de niña? yo era el que iba á enjugar aquellas lágrimas: ¿gozaba? mi corazón de padre se henchía de regocijo incomparable; mi vida, mis trabajos y mis afanes, no tenían más término ni más objeto que su dicha; y cuando tras el largo discurrir del día, al volver á mi hogar, en esa hora en que todo se recoge en el silencio, la miraba dormida como un ángel en su cuna, yo decía para mis adentros: esa niña hoy es como una planta tiernecita, que yo cuido y encubro con mis manos; no sabe, no conoce las zozobras y afanes que me cuesta, vive con la vida apacible de la infancia; pero mañana, cuando crezca, aprenderá sentada en mis rodillas los consejos que pueda darle mi experiencia, me amaré con el corazón y con el entendimiento; será buena, casta, obediente, mi orgullo, mi vanidad, mi gloria; luego, . . . luego, se casará, sí; ¿por qué no ha de casarse? yo tendré un hijo más, que realice sus sueños juveniles, que la ame con toda su alma, que la haga dichosa. . . . ¡vamos, si hasta á veces me regocijaba con la esperanza de tener un nieto! Creo, caballero, que estos sueños de oro, eran sobrado justos en un padre. Pero he aquí que yo contaba sin la huésped, y que mientras abría las puertas de mi casa á todos aquellos cuya posición y cuya conducta no inspiraban en mi ánimo temores, mientras que con la linterna de Diógenes entre las manos buscaba al novio que había deseado yo para mi hija, el amor, ese rapaz travieso como dicen ustedes los poetas, se me descolgó sigilosamente por la ventana, de suerte, que al levantarme cierto día, ajeno á todo sobresalto, me encontré ni más ni menos con la agradable nueva de que *mi hija*, caballero, tenía un novio.

¿Quién era este novio? Doy á vd. mi palabra de que si el amante consabido fuera por lo menos aceptable, ninguna objeción, ningún obstáculo habría opuesto por cierto á sus amores. ¡Pero un hombre sin profesión ni hábitos de trabajo, un *faineant* que pasa la vida en engomarse los bigotes; un hambriento que anda al husmo de ricas herederas; un calavera cuyas proezas dignas de un poema, estriban en haberse embriagado en las cantinas, á costa de los otros por supuesto, y en haber cortejado á tres mujeres con el propósito únicamente de engañarlas; un hombre que es un cero social, un zángano del mundo, ¿sería acaso á propósito para hacer la felicidad de una familia? Tanto valdría afirmar que dos y dos son cinco, que el sol no alumbra, que la virtud es vicio. Esto es, pues, un caso, señor mío, en que el padre tiene el derecho y el deber de impedir que su hija caiga en el abismo. Los códigos deben revestir al padre de una autoridad ilimitada. Y sin embargo, parece que en este drama de familia, el padre, el pobre padre, es un comparsa. He recu-

rido á la persuasión; hice valer las armas del cariño; supliqué, rogué; más todo en vano. Y cuando, con dolor profundo en el espíritu, intenté recurrir á la energía y desplegar mi autoridad de padre, y así alcanzar por fuerza lo que ni la persuasión, ni el dolor, ni el cariño habían logrado, he aquí que me encuentro con que el poder paternal es una burla, que hay alguien que posee más derechos que yo sobre mi hija, y que tras la cabeza del amante que me intenta robar á pleno día, asoma el gobernador ó la justicia que viene á autorizar tamaño robo. ¿Con qué derecho se mezcla un sér extraño en mi familia? ¿Por qué la venia del gobernador viene á hacer inútil mi consentimiento? Dado que mi oposición pecara de tenaz é impertinente, ¿no tengo yo el derecho de mandar, como señor único, en mi hija, hasta que la edad de emancipación forzosa llegue para ella? El estado debe lavarse las manos en casos como este. Desde el momento en que hace contrapeso á la autoridad del padre, el poder incomprensible del gobernador, el desórden y la rebelión sientan sus reales en el hogar doméstico. ¿Qué, las noches de vigilia transcurridas con el pensamiento fijo en el porvenir de aquella hija, las aflicciones y desvelos que su educación haya costado, todas esas luchas, todos esos trabajos, ¿no dan acaso al padre el derecho indisputable de prohibir á su hija que se pierda? ¿Y qué sabe el gobernador de todo esto? Puede parecerle justo y hacedero el matrimonio; encontrará ridículos y vanos los inconvenientes ú obstáculos que se le opongan; tachará de estúpida la oposición paterna; pero, ¿qué sabe él de las causas secretas que pueden motivar la decisión del padre? ¿Qué sabe si el carácter de la hija y la conducta de su pretendiente, presagian tristísimo porvenir á su consorcio? ¿Ha vivido acaso, con la sola idea de examinar el libro de aquella alma, hoja por hoja? ¿Ha sondeado aquél corazón de mujer, adivinando lo que nada más los perspicaces ojos de un padre han comprendido? Pues si no lo sabe, si no puede saberlo, ¿con qué derecho se mezcla en este asunto?

Yo no soy abogado, caballero, conozco poco la ciencia del Derecho, se me ocultan todos los grandes sistemas de jurisprudencia, pero á fe de hombre honrado, que por más vueltas que doy á la cuestión, no logro comprenderla.

¿Quién arma al padre contra el malvado que viene á separarle de su hija?

Yo no soy egoísta: doy mi hija al que haya obtenido su cariño, siempre que traiga en cambio la moneda del amor y de la honra. Pero si la autoridad se conjura en contra mía, ¿qué hago, caballero? ¿Abro la puerta á la hija ingrata que quiere abandonarme, ó espero á que el gobernador venga á arrancármela?

\* \* \*

Hasta aquí la carta. Diez días hace que la tengo en el cajón de mi bufete, sin poder acertar á contestarla. Porque, en efecto, cuando los lazos del amor se rompen, ¿qué otros sujetarán en el hogar á la hija que quiere abandonarlo? ¿Lo sabe alguno por ahí? Espero la respuesta.

## ARTÍCULO DE INVIERNO.

Qui Tisonne, grisonne.

Ustedes perdonarán que por ahora saiga mi artículo tan á la buena de Dios: ¡ya se ve! con un frío de no sé cuántos grados ¿qué entusiasmo no se hiela? Me he encerrado en mi pequeño gabinete como una ostra en su concha; bueno: cierro con cuidado todas las puertas y balcones, impidiendo que el crudo vientecillo que sopla allá en las calles penetre por las junturas; ¡excelente! me arropo en los pliegues de una amorosa bata de invierno, capaz de hacer morir de envidia al mismo Méry; tengo un habano entre los labios, á guisa de calefactor económico, hundo mis pies en las sabrosas pieles y con toda delicia me arrellano en los cojines de mi sillón de estudio; sin embargo, estoy hecho un carámbano, materialmente un carámbano; apenas me atrevo á adelantar la mano para coger la pluma, envidio á los que ya duermen bajo espesas colchas, y quisiera encontrarme en Cafrería..... —¿eh?..... ¿quién dijo que era alusión á la Cámara de diputados?—tengo frío, muchísimo frío; pero, ¿qué voy á hacer? es absolutamente indispensable que yo escriba: ¡ea! ¡manos á la obra! vengan papel, pluma y tintero, estoy dispuesto á emborronar cuartillas, mientras el cierzo silba por las calles y las vidrieras de mi ventana crujen y rechinan, como si algún coloso hincara en ellas la rodilla.

Lo van ustedes á dudar; pero en Dios y en mi ánima protesto que hablo muy de veras, formalmente; y después de todo ¿por qué no han de creer ustedes que yo vivo alegre..... ¡qué digo alegre! muy alegre, en el invierno? Veo como caen una por una las hojas, ya amarillas de los árboles; escucho un monótono chasquido al cruzar en mis paseos vespertinos alguna avenida silenciosa; azota mi rostro el soplo de Noviembre, como la hoja delgada y penetrante de un puñal de Toledo, y lejos de abrigarme en el fondo de un carruaje, lejos de renunciar á aquellas vespertinas correrías, digo para mis adentros: ¡ave invierno! ¡bendito tú que llegas con el azul profundo de tu cielo y la calma y silencio de tus noches; bendito

tú que traes las largas y sabrosas pláticas con que entretiene las veladas del hogar el buen anciano, mientras las castañas saltan en la lumbre y las heladas ráfagas azotan los árboles altísimos del parque!

¡Ave, invierno! yo no tengo parque en que pueda susurrar el viento, ni paso las veladas junto al fuego amoroso del hogar, pero yo te saludo, y me deleito pensando en esas fiestas de familia, cuando recorro las calles y las plazas diciendo, como el buen Campoamor diría al ver por los resquicios de las puertas el fuego del hogar de algún amigo:

¡Los que duermen allí no tienen frío!

\* \* \*

¡El frío! Denme ustedes algo más imaginario que éste tan decantado personaje. Yo sólo creo en el frío cuando veo cruzar por calles y plazuelas á esos infelices que, sin más abrigo que su humilde saco de verano, cubieta la cabeza por un hongo vergonzante, tiritando, á un paso ya de helarse, parecen ir diciendo como el filósofo Blas:

¡Omnia mecum porto!

¡Pobrecillos! ¡No tener un abrigo en el invierno, equivale á no tener una creencia en la vejez!

\* \* \*

Siempre he creído que el fuego es lo que menos calienta en el invierno. Prueba al canto.

Conozco á un solterón, hombre ya de cincuenta navidades, rico como Rotschild, egoísta como Diógenes y sibarita como Lord Palbroke. Es rico, he dicho; tiene una casa soberbia; diez carruajes perfectamente confortables; una servidumbre espléndida y una mesa que haría honor á Lúculo. Nadie al verle recostado en los muelles almohadones de su cómoda berlina tirada por *two miles* americanos; cubierto por una hopalanda contra la cual nada podría el hielo mismo de Siberia; nadie, digo, podrá pensar que aquél hombre es desgraciado, perfectamente desgraciado; nadie podrá pensar que aquél soberbio Crespo padece de una enfermedad terrible: ¡el frío!

Nada más cierto, sin embargo; nuestro hombre, nuestro banquero, nuestro millonario, tiene frío. Y es lo peor que ni la chimenea noruega, ni las pieles asiáticas que tiene en su palacio son bastan-

tes á combatir aquella nieve eterna. Se encierra en su casa; busca el suave calor de las estufas; abriga sus entumecidos miembros con las pieles rusas traídas por él de San Petersburgo; impide con la espesa *portière* y el luengo cortinaje que alguna ráfaga de viento penetre por las junturas de las puertas; se cree ya salvo; se hunde en los almohadones de un canapé de invierno; pero está sólo, enteramente sólo; las mujeres mercenarias le hastian, sus amigos le explotan; no hay un sólo corazón que lata como el suyo; no hay una sólo mano que enjague sus lágrimas si llora; si muere, nadie vendrá á consolarle en su agonía, nadie irá á rezar en su sepulcro: ¿la juventud? ¡ya ha pasado! ¿el amor? ¡imposible! ¿las riquezas? ¿qué valen? ¿el recuerdo? ¡es el remordimiento! ¿la muerte? ¡héla que llega.....! los leños de la chimenea crujen como si también llorasen; tiemblan los cristales; las salas están desiertas y sombrías..... ¡qué soledad! ¡qué tristeza! ¡qué horrible frío!

\* \* \*

Mi buen amigo:

Sé que me quieres y por eso te escribo, robando para ello algún instante á la santa felicidad de mi existencia. ¡Soy tan dichoso! ¿Te acuerdas de mi Lupe? ¡Es tan buena, tan sencilla! ¡Yo la quiero tan á la buena de Dios, como tú dices! ¡Es tan bello el angelito que Dios nos ha dado! ¡Si lo vieras! Tiene la cabecita rubia y los ojos negros, brillantes, húmedos, como los de Lupe: ¡alma de mi alma! Cuando yo le miro dormido en su cuna, con las manos plegadas sobre el pecho; cuando caliente sus entumecidos piesecitos con mis besos, me parece que no hay felicidad..... ¡qué ha de haber! como la mía, y lloro, sí, no me avergüenzo de decirlo, lloro y abrazo á Lupe, mi otro angel, y salto como un niño..... ¡vamos! ¡si creo que voy á volverme loco de contento!

Vente con nosotros; te esperamos; deja tus monótonos paseos, los cafés, los bailes, los teatros; ven á olvidar tu escepticismo concentrado, tu eterno *spleen*, tus desengaños, ya verás cómo envidias..... sí, porque la envidia es á veces muy justa y hasta santa. Mira: te dispondremos la alcoba en una pieza tapizada de azul, como á tí te gusta; pondremos algunos tiestos con flores en la ventana, un sillón cómodo y mullido junto al caliente lecho, y en la mesita de noche algunos libros, como *Papá, mamá y el niño*, por ejemplo: ese es el libro que solemos leer nosotros por las noches..... ¡no te asustes! he tenido la precaución de arrancarle cuidadosamente algunas páginas. Ya verás si soy dichoso, cuando en estas largas noches de invierno vuelvo desde temprano á mi casita, y mientras Lupe, con su bata blanca y su rosa, blanca también, en el cabello,

toca algún wals de esos que te hacen cosquillas en los pies, yo leo perezosamente algún buen libro, mirando con el rabo del ojo á mi mujercita, que aquí para *inter nos*, es un libro más digno de ser leído ciertamente, que todos los volúmenes que tú aglomeras en tu biblioteca.

No somos ricos, bien lo sabes; pero cuando después de trabajar durante el día vuelvo á mi hogar, y Lupe con nuestro angelito entre los brazos sale á recibirme, soy tan feliz, me juzgo tan dichoso, que..... ¡vas á dudarlo! no me cambiaría por el más opulento millonario. ¿Qué riquezas hay que puedan compararse á la santa paz de mi alma? Si estás triste, si estás decepcionado, vente á pasar algunos días con nosotros: somos tan felices, que quisiéramos salir por esas calles diciéndolo á voz en cuello, para que todos participasen de nuestra dicha!

CARLOS.

\*\*\*

Ya lo ve Ud., lector, mi amigo Carlos, sin estufas, ni abrigos, ni carrozas, disfruta de un calor del que no goza el más encopetado millonario. ¡El alma! ¡hé ahí la chimenea que debe conservarse bien provista para las largas noches del invierno!

Car l'hiver ce n'est pas la bise et la frovidure  
Et les chemins deserts qu'hier nous avons vus;  
C'est le cœur sans rayons, c'est l'ame san verdure,  
C'est ce que je serais quand vous n'y serez plus!

\*\*\*

Tengo para mí que el recuerdo es un calefactor en que debe pensarse muy de veras cuando el furor industrial, siempre creciente, agota las hulleras y las minas de carbón de piedra, Yo de mí sé decir que encuentro en el arenal de mi memoria, así las nieves y el hielo de los polos, como el fuego del Africa y del Asia. Por eso, cuando hundo mi cabeza en la caliente almohada, me arrojo en mis colchas y espero las blandas caricias del sueño, mientras miro cómo se descompone y se transforma el humo que asciende en espiral de mi cigarro, evoco si siento un estremecimiento de frío, alguna memoria, y me caliento á su fantástica sombra. ¿Lo dudais?

Tengo un amigo, entrado ya en años, pero joven de espíritu, poeta si lo hay, aunque en su vida,—¡y cuidado si es larga!—ha tenido la ocurrencia de ensartar un verso; padre de dos mocetones

bigotudos y robustos como dos sargentos, y para fin y postre, comerciante. Ello es, empero, que ni la nieve de los números, ni los afanes de la vida práctica, han sido bastantes á aniquilar el poético entusiasmo de mi amigo, que todavía, bajo la escarcha de su cabello cano, siente hervir la generosa hoguera de la juventud.

Pocas noches hace departiamos los dos amigablemente, sentados ambos en torno de una mesita de *papier-maché*, cargada, por más señas, con dos tasas chinas de transparente porcelana, una soberbia cafetera llena de delicioso moka, dos tarros de cristal con licor de la Cartuja, una caja, abierta, de codiciables puros, frescos todavía por las húmedas brisas de la mar. Hablábamos del frío, y mi amigo, con su voz cascada, narróme, si no me es infiel la memoria, lo siguiente:

—Tenía, allá en mis mocedades, una novia, bella como una figura del Ticiano, rubia como las espigas de trigo, y tan sencilla que, á no decírselo yo, no habría sabido sino hasta Dios sabe cuándo, que era hermosa. ¡Pobre Clara! Ella me quería como quiere una mujer á los quince años. ¡Yo la amaba con el fuego de mis veinte mayos, y aún al recordarlo parece que la amo todavía! Una tarde salimos, como de costumbre, por el campo, ella apoyada en mi brazo y yo confuso y trémulo como un niño que espera la sentencia de algún infantil é inocente peccadillo. Sin sentirlo, ella y yo nos alejamos de su madre que atrás venía poco á poco internándonos en lo más intrincado del follaje. Yo sentía que su brazo temblaba junto al mío: miraba cómo el rubor teñía con un tinte rosado su semblante..... De pronto, Clara se desprende de mi brazo, y lanzando una alegre carcajada, corre como una cervatilla por el campo: yo la sigo; ya la alcanzo; tiendo los brazos, estrecho su cintura, vuelve ella la cara, miro un pequeño racimo de uva entre sus labios, quiero quitárselo, ella lo defiende, y sin quererlo, casi sin pensar en ello, se unen nuestros labios, laten nuestros pechos, y un beso, el más santo, el más puro, el más sublime, suena de pronto entre aquella soledad y aquel silencio.

¡Dígame Ud., lector, si no producen un calor cariñoso estos recuerdos!

\*\*\*

¡Invierno, invierno; dicen que eres tú la imagen de la vejez! Hoy eres entonces el retrato de la humanidad..... ¡Todos somos viejos!